

dispensa a los inferiores. A veces nos permitían sentir que éramos tan altos como ellos. El arce no desprecia al abeto, ni el abeto al arce, por tener diferente manera de existir. Los árboles son demasiado orgullosos para ser vanos, y no pierden el tiempo en averiguar qué pensarán los otros de su follaje. El árbol más elevado no es más rico que una mata de trébol. Y lo que pasa con los árboles pasa con el sol, la luna y las estrellas; con la tierra, el aire y el agua; y con todos los animales, excepto el hombre, simio magnífico en ciertas ocasiones.

Y sin embargo, todo bien conside-

rado, la gente al margen de los caminos, con sus tragedias y supersticiones, su ansia de simpatía, su bondad y desbordante benevolencia, nos ha hecho tanto bien como la misma madre Tierra. Nos ha devuelto la fe, la alegría de ser humanos. ¡A todos aquellos con quienes hemos compartido el pan, entonado canciones y cambiado relatos de aventuras campestres al margen de los caminos y a la orilla de los ríos; a todos aquellos que nos han brindado favores y amistad, por un día o por una hora, vayan nuestras saluciones y nuestra gratitud!

tero, hace vibrar el alma alemana y echa las bases de su nacionalidad.

Francia entre tanto permanece inactiva. Después del prodigioso esfuerzo realizado bajo la influencia de Juana de Arco al crear su nacionalidad, parece agotada y deja caer de sus manos la antorcha gala que debía guiar al mundo... Pero el letargo no era sino aparente. El siglo XVII vió salir la Francia de su sueño y reconquistar, bajo el reino de Luis XIV y gracias a Richelieu, el lugar político que le correspondía en el mundo. Paralelamente, ella comenzó a desempeñar, bajo el influjo de Descartes, el papel que le correspondía en el mundo intelectual. Con razón M. Martin compara estos dos hombres y dice que Descartes hizo, en el dominio del pensamiento, y con el mismo éxito, lo que Richelieu había hecho en el dominio político, «prevaler la razón sobre la costumbre y la voluntad sobre la fatalidad».

El hecho de la periodicidad en la historia de la nación francesa nos parece, pues, suficientemente establecido. Tratemos ahora de saber si esta periodicidad tiene una explicación natural.

El ritmo en los fenómenos naturales

POR EL DR. TULLIO VON BÜLOW

UNO de los fenómenos que más han llamado la atención de aquellos que se han dedicado al estudio de la filosofía de la historia, es la marcada periodicidad que se observa en las actividades afectivas y materiales de los pueblos.

Henri Martin, el gran historiador francés, consideraba como característica de la historia de su país, una sucesión de despertares celticos entre los cuales se intercalan períodos de marcado decaimiento intelectual y moral. Desde las invasiones bárbaras hasta nuestros días, H. Martin señalaba varios de estos despertares.

Omitamos las causas que el célebre historiador invocaba para explicar los períodos de decaimiento y retengamos tan sólo el hecho en sí, considerado como una constatación.

Durante la Edad Media se vieron tres de estos despertares: el uno en el siglo VII, el otro en el siglo XII y el último en el siglo XV. Cada uno de estos despertares parece haber sido provocado, o mejor, sintetizado por uno o varios hombres: el del siglo VII por los monjes celtas, el del siglo XII por el profeta Merlin, y el del XV por Juana de Arco.

En el curso de los tiempos modernos, y hasta el momento en que M. Martin escribía, sólo se registran dos despertares: el uno caracterizado por la aparición de Descartes y el otro representado por la Revolución Francesa. Tal vez estos dos despertares podrían fusionarse en uno solo, ya que es incontestable que Descartes abrió el camino a la Revolución. Pero, como lo decíamos antes, al lado de estos períodos de actividad, M. Martin señalaba los decaimientos correspondientes, de que no hay explicación. El más característico de estos decaimientos nos

parece ser, por muchas razones, el que se apoderó de Francia durante el Renacimiento. Característico y digno de llamar la atención, sobre todo por el vivo contraste que presenta la Francia de entonces con las demás naciones europeas en plena efervescencia. Sintomático, porque ya en esa época las naciones no vivían aisladas; los influjos externos deben haberse hecho sentir en la nación francesa de entonces y, sin embargo, esta influencia no se vé por ninguna parte; las causas de decaimiento eran de orden interno, tan interno que ningún agente exterior pudo modificarlas.

Con el descubrimiento del Nuevo Mundo y con la Reforma religiosa, el Renacimiento caracteriza la transición de los tiempos feudales a la época moderna. En todos los dominios, en lo material como en lo intelectual, en lo artístico como en lo político, se opera una revolución, una transformación brusca, que se manifiesta por una verdadera fiebre, por un vértigo que se posesionó de hombres y pueblos. Italia, que acababa de pasar por un período de decaimiento, despierta, toma la supremacía en las manifestaciones artísticas y brinda al mundo sorprendido la más espléndida serie de creaciones artísticas, cada una de las cuales es una obra maestra. España se transforma en la más rica y poderosa nación de la época y se enseorea del mundo. La crisis afectiva provocada por Lu-

CABE ante todo preguntarnos si esta periodicidad es un fenómeno general en los hechos biológicos o bien si es exclusiva de la historia de los pueblos. La respuesta es conocida: la periodicidad parece ser un hecho fundamental en biología. No existe una sola manifestación vital que no se encuentre condicionada por la periodicidad y creo inútil añadir que por periodicidad se entiende la sucesión de períodos de actividad y de reposo de las funciones biológicas.

La duración de estos períodos es muy variable y va desde centésimas de segundo en ciertos fenómenos biológicos hasta centenas de años, como lo acabamos de ver en los fenómenos históricos.

Las causas que han originado esta periodicidad son múltiples, íntimamente ligadas a los orígenes mismos de la vida y gran parte de ellas nos son desconocidas. La ignorancia en que nos encontramos respecto a estos orígenes no deja de hacerse sentir en lo que a las causas de la periodicidad se refiere. Ello no obstante, son precisamente algunos de estos fenómenos de periodicidad biológica los que prestan un serio argumento a una de las más interesantes teorías sobre los orígenes de la vida: nos referimos a la hipótesis que busca estos orígenes en el seno de los mares.

En efecto, la periodicidad parece condicionada *actualmente*, en los organismos complejos, por causas internas y por causas externas, pero es muy probable que en los orígenes no

LECTOR amigo: ¿A usted de veras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscriptor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.